

En Malgrat urge una Biblioteca Pública

¿Nos has pensado con amargura, muchas veces, madre solícita, que a pesar de haber proporcionado a tu hijo una esmerada educación por excelentes maestros, no obstante haber realizado por tu parte los máximos esfuerzos encaminados a su formación integral: física, intelectual, moral y religiosa, éste no responde a tus sacrificios decepcionándote amargamente con su conducta, con sus ideas, con sus creencias?

Es que la educación primaria si bien echa los cimientos, la semilla de la formación del carácter y de la personalidad humana, no es suficiente para motorizar la voluntad a través el vendaval de factores negativos, corruptores las más de las veces, que tienden a la ruina moral de la juventud, y con los cuales chocará inevitablemente si le abandonamos a sus propias fuerzas.

La educación es obra de toda la vida y es precisamente en la edad post-escolar, la más crítica y peligrosa, cuando el muchacho necesita de una firme orientación y guía para contrarrestar el mal influjo que puede ejercer en su alma incauta, el nuevo ambiente en que se ve introducido: la fábrica, el taller, la oficina... compañías nuevas, no siempre recomendables, conversaciones atrevidas, lenguaje soez, burlas y sarcasmos sobre las cosas más sagradas; todo esto es suficiente para demoler rápidamente todo el edificio de formación que el maestro día tras día y año tras año, con paciencia, amor y vocación de artífice ha procurado levantar en su espíritu para hacer de él un hombre completo, con valores espirituales que constituyan su personalidad.

La educación religiosa a través de la predicación, los círculos de estudios, los Ejercicios Espirituales, así como la sana lectura, podrían no solamente poner un dique a estos elementos disgregantes, sino mejorar y ampliar la obra educativa comenzada en el Colegio, ya que son medios valiosísimos de formación moral e intelectual, pero la realidad, aunque amarga, nos demuestra que los que se acogen al amparo maternal de la Iglesia, aprovechando sus enseñanzas, constituyen una minoría, selecta, sí, pero escasa, si tenemos en cuenta la gran cantidad de jóvenes que existen en nuestra villa.

La lectura ya es más general, leen todos o casi todos, pero ¿dónde encuentran libros buenos que ilustren su inteligencia y muevan su corazón a la práctica del bien, hacia ideales elevados? Hoy los libros cuestan caros y no están al alcance de todos. Si un día hubo en el pueblo una Biblioteca Municipal, hoy no queda de ella más que el esqueleto. No es de extrañar, pues, que para saciar su sed de leer acudan al intercambio de libros viejos que por el módico precio de 0,50 Pts. la pieza, le ofrece el mercado.

Y ¿qué clase de libros son esos? No hay más que ver las portadas y leer los títulos al pasar delante de las paradas que van aumentando en número, extensión y surtido.

Las menos nocivas, con serlo bastante, son las de aventuras, «gansters», donde todo se resuelve a tiros, haciendo caso omiso del respeto a la vida. Ya tocamos las consecuencias de tales lecturas. En Francia, no ha mucho, una peña de muchachos de 15 a 17 años entre ellos una chica a quien llamaban «vampiresa», decidieron, por celos o cosa por el estilo, eliminar a uno de ellos perpetrando el crimen con una pistola, en pleno bosque, atada la víctima a un árbol, donde le llevaron engañada.

Recientemente en Italia un estudiante de 16 años disparó contra su profesor con el revólver de su padre, en la misma aula del Instituto, por haberle puesto la nota 4.

En Madrid fueron detenidos tres muchachos de 18 años que un sábado, a última hora de la tarde, asaltaron pistola en mano un estanco de la calle de Alcalá. Afortunadamente la decisión de la estanquera y de su hijo impidió el robo y evitó el uso de las armas, pero reducido el drama al ámbito de las familias, todas de honrados trabajadores, se ha comprobado que los tres mosqueteros eran asiduos lectores de esas grasientas novelas de aventuras, y encontraron como una diversión asaltar una tienda para repartirse luego el botín.

Para atajar estos males y por el gran bien que reportaría a la formación espiritual y a la cultura del pueblo, precisa en Malgrat, la instalación de una Biblioteca pública, donde los amantes de la lectura puedan saborear, en sus ratos de ocio, libros buenos, ame-

nos e instructivos, para fomentar, especialmente entre el elemento joven, el hábito y el amor a las buenas lecturas, pues sabida es la gran influencia que para la formación del carácter ejerce un buen libro, aunque sea novela, ya que ella es una encarnación de la vida y del carácter, que impresiona el espíritu del lector acaso tan vivamente como la vida real, y en muchos casos aún más que ella y que el ambiente en que vive.

El joven encuentra en los buenos libros una fuente de energías para la formación de un carácter elevado y para concebir grandes ideales. Es una ventana abierta al exterior que mantiene contacto con seres de miras elevadas que nos dejaron impreso lo mejor de su mente y de su corazón.

De extrañar es que, siendo Malgrat una villa tan próspera y tan abierta a las modernas corrientes, que tanto celo despliega por el deporte, como educación física, haya podido pasar tanto tiempo sin este elemento tan primordial de cultura espiritual.

«Mens sana in corpore sano», ha dicho Juvenal. Y siendo los valores espirituales muy superiores a los corporales, ¿daríamos más importancia al estuche que a la misma joya contenida en él?

Confiamos plenamente en quienes tienen a su cargo velar por la cultura del pueblo que nos dotarán pronto de una excelente Biblioteca Pública, lo cual ha de contribuir eficazmente a la consecución de «un mundo mejor».

FÉMINA

¡No tengo tiempo!

¡No tengo tiempo! He aquí una frase que se dice sin cesar. Tengo los días de tal modo ocupados, que no puedo dar abasto. Verdad es; en esta vida nunca se hace todo aquello que parece deberíamos hacer.

Resulta sorprendente que en cambio se tenga tiempo para todo lo que nos conviene, hasta muchas veces para hacer el mal.

Todas las cosas de la Naturaleza llevan un orden inalterable, y ese orden natural va en armonía con la persona.

Tengamos cuidado cuando decimos: ¡No tengo tiempo! Es necesario saber vivir en todas las épocas, no prodigarnos demasiado, no obligarnos en aquello que se puede prescindir, y por pura fórmula de fantasía complícarnos nuestra vida.

Al cuerpo le debemos dar su justo descanso, pero si vivimos dando alimento adecuado a nuestra alma, ésta es la principal razón de vivir.

Cuando todo se reflexiona, ¡qué hermoso y bello nos parece! Realizar el plan de Dios.

Se va perdiendo el concepto humano, nos enfriamos en las leyes divinas, materializando demasiado nuestro cuerpo hasta llegarle a exigir un rendimiento inadecuado como si se tratase de una simple máquina.

Buscamos la velocidad para no llegar nunca a nuestro destino, los nervios siempre están tirantes, porque están pendientes de ese tiempo corto de que disponemos; estar vigilantes no se suelten, porque entonces todo lo habremos perdido.

Fijemos nuestra vista en Jesús, vivamos con Él, y todo se nos volverá calma, y nuestra vida transcurrirá como un río manso y apacible; veréis como entonces se tendrá tiempo para todo lo que es preciso hacer para vivir ordenadamente.

Procuremos meditarlo mucho antes de decidirnos a exclamar: ¡No tengo tiempo!...

A. LUNA WEMBERG